

Deterioro progresivo del voto partidista tradicional en Colombia, 1974-1998*

Rodrigo Losada¹

Varios indicios sugieren un debilitamiento de las colectividades partidistas tradicionales en Colombia. Se habla de tradicionales, porque cabe recordar que las colectividades liberal y conservadora registran más de 150 años de presencia activa y dominante en la política colombiana. Sin embargo, en años recientes, en especial de 1991 en adelante, se ha notado un fuerte descenso en el porcentaje de votos que los dos partidos tradicionales obtenían en elecciones para cualquiera de las dos cámaras del Congreso de la República. Por ejemplo, desde 1974, cuando se reanudó la libre competencia inter-partidista, hasta 1990, los dos partidos sumaban entre sí 85% o más de los votos válidos para el Senado. A partir de 1991, año en el cual la Asamblea Constituyente revocó el mandato de todos los congresistas elegidos en 1990 y convocó a nuevas elecciones, esa cifra ha descendido, con altibajos, hasta un 38% en los comicios de 2002. El 62% restante lo ponen más de cuatro decenas de partidos políticos minúsculos.²

No hay duda, pues, que los partidos tradicionales han sufrido una contracción sustancial del voto a su favor. Los interrogantes que conviene despejar giran, más bien, en torno a la magnitud de ese deterioro, su porqué, su localización, y cuáles son sus consecuencias para el futuro. Sobre todo, intriga saber si ese retroceso es coyuntural o permanente.

A fin de apreciar mejor el alcance de estos interrogantes conviene aludir a varios hechos centrales de la política colombiana y a peculiares características del sistema electoral colombiano, los cuales es necesario tener en mente para apreciar mejor el problema bajo consideración.³

1. Contexto histórico y constitucional

Tres grandes períodos cabe distinguir en las últimas décadas de la política colombiana. Primero, el Frente Nacional, iniciado en 1958, fundado sobre un acuerdo que pretendía finiquitar una época de violencia desbordada entre conservadores y liberales. El acuerdo ordenaba que las curules de todas las corporaciones de elección popular, empezando por el Congreso de la República, debían dividirse por igual entre los dos partidos tradicionales, mitad para uno y mitad para el otro. Se acordó también, que durante los siguientes 16 años, a partir de 1958, se iba a concertar la elección de un candidato a la presidencia entre los dirigentes de los dos partidos de forma tal que, cada cuatro años, alternaran como presidente de la República, ya un liberal, ya un conservador.

El pacto del Frente Nacional terminó en 1974, con un evento electoral en el que, por primera vez desde 1946, volvieron a competir libremente por la presidencia todos los partidos políticos, incluyendo los dos tradicionales, y en el que, además, – hecho desacostumbrado en Colombia – en la misma fecha de las elecciones presidenciales se definieron mediante libre competencia las curules de todas las corporaciones electivas, nacionales y subnacionales. Por ser un auténtico hito en la historia colombiana, estas elecciones constituyen el punto de partida de los análisis que más adelante se van a presentar.

La segunda época que cabe destacar se denomina pos-Frente Nacional, y va de 1974 a 1991, año, este último, en que tiene lugar la Asamblea Constituyente que entregó una nueva Carta de navegación para la política colombiana. A partir de este magno evento se inicia la tercera época arriba aludida, la cual llega hasta el presente.

La constitución política adoptada en 1991 posee particular importancia en el análisis del aparente resquebrajamiento de las fuerzas partidistas tradicionales porque ella estableció varias medidas destinadas, por un lado, a incentivar una renovación en todas las fuerzas políticas del país, y por el otro, a otorgar un mayor espacio para la representación de actores no-tradicionales.

Entre estas medidas conviene destacar seis. Primera: la creación de una única circunscripción o distrito electoral de amplitud nacional para la elección de los senadores, en lugar de las 23 circunscripciones senatoriales en que se dividía el territorio nacional antes de 1991. El nuevo tipo de circunscripción debía faci-

litar el aglutinamiento de las fuerzas minoritarias, y esto, aunque muy parcialmente, ha sido logrado.

Segunda: la elección popular de gobernadores de los 32 departamentos en que, a partir de 1991, se divide el territorio colombiano. Esta medida debilitó a los grandes jefes políticos regionales: antes de esta fecha el presidente, en alianza con estos jefes, en particular con aquellos de su mismo partido, nombraba directamente a todos los gobernadores del país y éstos, a su vez, a los alcaldes municipales.

Tercera: la doble vuelta para ganar la presidencia, en caso de que ninguno de los candidatos obtuviera más del 50% de los votos en la primera. Siguiendo la proposición clásica de Maurice Duverger, “el escrutinio mayoritario a una sola vuelta tiende hacia el bipartidismo” (1964: 247) y “el escrutinio mayoritario con dos vueltas . . . tiende al multipartidismo” (1964: 269), cabe concluir que, si otras condiciones permanecieran constantes, la nueva disposición juega contra el bipartidismo a favor de terceras fuerzas.

Cuarta: la adopción de una tarjeta electoral, llamada comúnmente “tarjetón”, para ejercer el derecho al sufragio. Esta tarjeta, que contiene la foto de cada candidato, o de aquel que encabeza una lista, y el nombre de su partido político, es impresa por las autoridades electorales y en ella marca el elector su preferencia. La tarjeta reemplazó una “papeleta” – así se la denominaba – en uso anteriormente e impresa a costa de los partidos políticos. Cada partido, dentro de ciertos parámetros legales, preparaba su “papeleta” con los nombres de sus candidatos a los varios cargos públicos que estaban en juego. En muchos sitios del país, los militantes de cada partido la solían entregar a sus simpatizantes sólo en el momento en que estos accedían a la urna de votación, lo cual, obviamente, facilitaba su control sobre el voto de éstos.

Quinta: se dispuso la abolición de los llamados “auxilios parlamentarios”, o sea, unos recursos públicos entregados anualmente a fundaciones o proyectos escogidos por los miembros del Congreso. Muchas de estas fundaciones, libres casi por completo de toda supervisión estatal, entregaban luego el dinero de los auxilios a los políticos que los habían gestionado. Así se financiaban, en parte, las campañas electorales, y más de un político se enriquecía.

Por último, sexta: se decidió separar la elección de Senado y Cámara de representantes, de los comicios para diputados departamentales y concejales municipales, los cuales hasta 1991 se celebraban simultáneamente con aquélla. Por su parte, la elección presidencial tiene lugar en fecha distinta, unos dos meses después de la del Congreso. La decisión de aislar el proceso electoral legislativo de los procesos electorales atinentes a corporaciones públicas subnacionales, privó a los candidatos al Congreso de la posibilidad de consolidar alianzas con los candidatos a cargos regionales y locales, tal como se venía haciendo hasta ese momento.

A los cambios anteriores, debe agregarse uno que precedió por escasos tres años a la Constituyente de 1991: la elección popular de alcaldes, el primer golpe dado a las viejas estructuras partidistas regionales las cuales, como se dijo atrás, en alianza con el respectivo gobernador dominaban el nombramiento de las autoridades locales.

Más allá de los cambios anotados importa destacar que la legislación colombiana de partidos, iniciada apenas en 1985, facilita, de modo excepcional según estándares internacionales, la creación de nuevos partidos. Como complemento, la misma legislación electoral propicia la multiplicidad de los partidos por tres razones: primera, la elección de miembros de todas las corporaciones públicas está regida por el sistema de representación proporcional de Hare, o sea, según el mayor residuo; segundo, no existe umbral electoral alguno para que una lista pueda entrar en el reparto de curules; y tercero, cada partido puede presentar cuantas listas quiera, sin límite alguno, para cada corporación electiva. No en vano, durante el último quinquenio, Colombia ha tenido más de 70 partidos y movimientos políticos, reconocidos legalmente.

Como se ve, toda una batería de medidas cañoneó las fortalezas del bipartidismo. Pero existen indicios de que los sentimientos liberales y conservadores, particularmente aquellos, no han sido abatidos. Así lo sugieren las encuestas recientes de cobertura nacional en las cuales, ante la pregunta “¿Se considera usted liberal, conservador, de otro partido, independiente, o no tiene partido?”, la respuesta es que: 33% se autodenomina liberal, 10% conservador, 1% de otros partidos, 14% independiente, y 42% sin partido.⁴ Lo más curioso es que, cuando se indagó a estos últimos, o sea, a quienes no se identifican con partido alguno, si simpatizaban con algún partido, la mayoría dijo que no, pero una tercera parte afirmó que simpatiza con los partidos liberal y conservador, aun cuando más con el primero que con el segundo.⁵

Otro indicio proviene de los resultados de las últimas elecciones para Senado y Cámara, celebradas en marzo de 2002: apenas la tercera parte del Senado, y una porción un poco más alta en la Cámara, quedaron bajo una clara etiqueta de partido tradicional. A juicio de muchos, cabría añadir un tercio más – para un total de dos tercios –, proveniente de candidatos que han militado hasta hace pocos años en las filas conservadoras o liberales, quienes por razones estratégicas habrían optado por crear un nuevo partido o movimiento, y candidatizarse así con una etiqueta partidista distinta de la conservadora o liberal. Sin embargo, la mayor parte de quienes se apartaron según normas legales de un partido tradicional, no vuelve a militar activamente en él, aunque sí está dispuesta a entrar en coaliciones con el mismo.

A estas alturas conviene repetir el enunciado del problema sobre el cual se van a presentar a continuación algunas evidencias cartográficas y estadísticas: no

hay duda de que se ha registrado un retroceso en la acogida popular hacia los partidos liberal y conservador, pero ¿de qué magnitud es la marcha atrás, por qué, dónde, y con cuáles implicaciones a futuro? ¿Se trata de un fenómeno coyuntural o de largo plazo?

2. Evolución de la votación partidista (1974-1998)⁶

Se aducen enseguida dos clases de evidencia – una colección de mapas y un análisis estadístico –, complementarias entre sí, las cuales permiten sopesar con mayor entendimiento el aparente deterioro de las colectividades tradicionales, liberal y conservadora.

Lo que sugieren los mapas electorales

Los mapas, referidos al período 1974-1998, toman como unidad de observación los casi 1000 municipios del país, y registran, para cada municipio, tanto el porcentaje de votos a favor de un(a) determinado(a) candidato(a) presidencial, como el volumen de votos emitidos por él(ella). Los porcentajes se expresan en tonos de gris: cuanto más oscuro es el tono – en el caso extremo, es negro –, más alto es el porcentaje aludido. El volumen de los votos se aprecia mirando la amplitud del círculo que simboliza el municipio. No extraña, por supuesto, que Bogotá, la ciudad más populosa del país, ponga casi siempre un volumen de votos a favor de cada candidato(a) principal, mayor que el de cualquier municipio del país, y así queda indicado en las convenciones que acompañan a cada mapa.

No debe sorprender que en todos los mapas cerca de la mitad del territorio colombiano, al sur y hacia el oriente, muestre muy escasos puntos y muy pequeños: corresponden a las selvas amazónicas y a los llanos de la cuenca del río Orinoco. Aquéllas y, en grado menor, éstos, son zonas escasamente habitadas. La mayor parte de la población colombiana reside a lo largo de la Cordillera Andina y en la Costa Norte o Costa Caribe.

Los mapas están ordenados por partido y por año, primero los del partido liberal y luego los del conservador. Esta secuencia facilita apreciar cómo evoluciona la suerte de cada partido a través de las siete elecciones presidenciales estudiadas.

Las elecciones aludidas son: la de 1974, en la cual Alfonso López Michelsen, liberal, obtiene una contundente victoria sobre su contendiente conservador, Álvaro Gómez Hurtado. En 1978 el liberal Julio César Turbay despierta poco entusiasmo entre sus copartidarios y escasamente logra ganar sobre su rival, Belisario Betancur, de estirpe conservadora. Cuatro años después, este último, como candidato de un Movimiento Nacional, dentro del cual estaba el Partido

Conservador, gana cómodamente sobre el liberal Alfonso López Michelsen, quien buscaba la re-elección. Los liberales recuperan la Presidencia en 1986 con Virgilio Barco, quien derrotó ampliamente a Álvaro Gómez Hurtado.

En 1990, los conservadores se lanzan a buscar la presidencia divididos, Rodrigo Lloreda, el candidato oficial del partido, y Álvaro Gómez Hurtado, por tercera vez candidato, pero ahora a la sombra de un nuevo partido, el Movimiento de Salvación Nacional. A uno y otro los derrotó con amplia ventaja el liberal César Gaviria. En el año 1994 la lucha es muy reñida entre el liberal Ernesto Samper y Andrés Pastrana, de origen conservador y respaldado por este partido, pero a la cabeza de una coalición; gana el primero. Por último, Pastrana intenta de nuevo en 1998, y triunfa esta vez, en contra del liberal Horacio Serpa.

Si se examinan los mapas (Figs.1 a 7, pp. 200-206) referidos al partido liberal se notará, por un lado, que la tendencia a votar liberal, o a no hacerlo, es muy consistente a través del tiempo: los círculos negros o gris oscuro tienden a repetirse en el mismo sitio de una elección a otra.⁷ Segundo, el voto liberal se revela abundante en el centro del país, y en la Costa Caribe. Este último punto se aprecia mejor si se compara un mapa liberal con uno conservador, en una misma fecha. Tercero, los tonos oscuros y negros tienden a disminuir entre 1974 y 1990, año en que el partido liberal muestra su mayor debilidad (Fig. 5, p. 204). Pero luego se recupera, de modo especial en 1998 y en la zona Caribe (Fig. 7, p. 206). En cambio, en ese mismo año, el interior del país, exceptuado Santander, de donde era oriundo el candidato liberal del momento, revela un entusiasmo claramente menor que en años anteriores.

A semejanza del partido liberal, el voto conservador (Figs. 8 a 14, pp. 207-213) revela una estabilidad territorial elevada, es decir, los municipios que en 1974 eran claramente conservadores tienden a continuar votando conservador a lo largo del tiempo. Pero los candidatos conservadores, o respaldados por el partido conservador, alcanzan éxito ante todo en municipios de las zonas central y centro-oriental del país. Son poco exitosos en la Costa Caribe.

Si se examinan los mapas referidos al partido conservador en secuencia cronológica, se observará que el voto a su favor es relativamente constante a lo largo de los años 1974-1986 (Figs. 8 a 11, pp. 207-210), pero en 1990 (Fig. 12, p. 211) sufre una brutal derrota, causada en gran parte por el hecho de que Álvaro Gómez, un líder respetado dentro de las filas conservadores, abandonó su partido y creó uno nuevo, llevándose consigo a la mayor parte del voto conservador.

Los mapas correspondientes al voto conservador en 1994 y 1998 (Figs. 13 y 14, pp. 212-213) sugieren una recuperación, pero esta interpretación tal vez sea engañosa. En esas dos ocasiones Andrés Pastrana, hijo de un ex-presidente conservador, se presenta a la cabeza de un movimiento supra-partidista, que recibe el apoyo del partido conservador, pero también de otras fuerzas políticas, incluyendo algunos

liberales. De modo que los mapas (Figs. 13 y 14, pp. 212-213) no reflejan en forma confiable el voto conservador. El hecho más significativo de su desgaste es que, en 2002, el partido conservador no presenta candidato propio a la Presidencia, y termina respaldando a un liberal disidente, Álvaro Uribe, quien finalmente ganó el máximo trofeo.

El examen de los mapas revela, entonces, que ambos partidos han sufrido significativos reveses a lo largo del período estudiado, pero más el partido conservador que el liberal.

Aportes del análisis estadístico

Conviene medir por otro camino el grado de continuidad o discontinuidad en la votación partidista entre 1974 y 1998, tanto para los liberales como para los conservadores. O sea, se trata de ver con mayor precisión si los municipios del país tienden a mostrar en 1998 el mismo grado o porcentaje de apoyo a una bandera partidista que exhibieron en 1974.

Para hacerlo, se recurrió a la técnica de la correlación bivariada, en dos contextos distintos: primero, se compararon los resultados de la votación partidista para el Senado de la República de 1974 con los de 1998 para la misma corporación. Segundo, se correlacionaron los resultados de las elecciones presidenciales de 1974 con los de 1998, tanto en la primera vuelta como en la segunda.

La medida que se emplea es el índice de correlación lineal de Pearson. Este va de 0.0 a 1.0, indicando los valores cercanos a 1.0 que los municipios tienden a comportarse en 1998 como lo hicieron en 1974, y 0.0, que los municipios registran en 1998 porcentajes de votos por un partido tradicional extremadamente distintos de los de 1974. Ver la tabla 1.

En la tabla se trabaja con dos variables dependientes: la primera indica el porcentaje de votos por las listas oficiales de un partido. La segunda le adiciona a este porcentaje el de los sufragios por personas quienes anteriormente militaban en ese mismo partido pero que, como se dijo atrás, por razones de estrategia electoral prefirieron esta vez valerse de una etiqueta distinta de la tradicional. A este grupo lo llamamos la “familia” del partido.

En el caso de los liberales, la tabla dice que los porcentajes de votación por las listas oficiales para Senado en 1998 se parecen bastante a los porcentajes de 1974, pero que esta correlación es todavía mayor cuando se toman en consideración los datos de la familia liberal de 1998.

TABLA 1
Continuidad de las lealtades partidistas en Colombia, a nivel municipal, Senado de 1974 vs. Senado de 1998
(Correlación de Pearson)

I - Para el partido liberal		
	% de votos por el partido liberal, Senado, 1998	% de votos por la familia liberal, Senado, 1998
% de votos por el partido liberal en la elección de Senado de 1974	.66	.74
Nivel de significación	.000	.000
N	869	869
II - Para el partido conservador		
	% de votos por el partido conservador, Senado, 1998	% de votos por la familia conservadora, Senado, 1998
% de votos por el partido conservador en la elección de Senado de 1974	.58	.76
Nivel de significación	.000	.000
N	869	869

Fuente: Estimativos del autor, a partir de Registraduría Nacional de Estado Civil, *Estadísticas electorales*, 1974 y 1998.

Algo similar se observa en el campo conservador, pero con menor intensidad. Sin embargo, en uno y otro caso estos índices podrían haber sido más altos, como lo muestra la tabla 2. En esta tabla se correlacionan, para cada colectividad partidista por separado, los porcentajes de votación por sus respectivos candidatos presidenciales, en dos fechas distintas, 1974 y 1998. Aquí se aprecia algo de singular interés: unas correlaciones extremadamente altas, tanto para conservadores como para liberales, las cuales sugieren una fuerte continuidad en la conducta partidista de los municipios colombianos aun en fecha reciente.

TABLA 2
Continuidad de las lealtades partidistas en Colombia, a nivel municipal, elección presidencial de 1974 vs. elección presidencial de 1998 (Correlación de Pearson)

I - Para el partido liberal	% de votos por el candidato liberal, Serpa, 1a. vuelta 1998	% de votos por el candidato liberal, Serpa, 2a. vuelta, 1998
% de votos por el candidato liberal, López, en la elección presidencial de 1974	.85	.91
Nivel de significación	.000	.000
N	942	941
II - Para el partido conservador	% de votos por Pastrana, 1a. Vuelta, 1998	% de votos por Pastrana, 2a. vuelta, 1998
% de votos por el candidato conservador Gómez, en la elección presidencial de 1974	.91	.87
Nivel de significación	.000	.000
N	942	941

Fuente: Estimativos del autor, a partir de Registraduría Nacional de Estado Civil, *Estadísticas electorales*, 1974 y 1998.

O sea, se ha realizado un doble hallazgo: debilitamiento de las colectividades tradicionales, y a la vez, resistencia. Debilitamiento, porque las cifras porcentuales liberales y conservadoras ya no ascienden a las alturas de 1974, de modo particular en el caso del Senado. Pero resistencia, porque los asediados en el fondo se mantienen. No es de poca monta lo que, a juicio de los estadísticos, dice el índice de correlación de .91: equivale a decir, nada menos, que, conociendo los resultados de 1974, se podría haber predicho con acierto los resultados de 1998 en un 83% de los casos.

Sin embargo, esta conclusión habría que escudriñarla mejor para el caso conservador. Porque, como se dijo atrás, Pastrana no era simplemente un candidato conservador, sino el representante de un movimiento político ocasional

denominado “Andrés Presidente” – un claro ejemplo de campaña personalista–, el cual convocó a gentes de diversa extracción, tanto de origen conservador, como de otros partidos y a gentes sin partido. Pero el hecho de que, en el caso conservador de la tabla 2, los municipios que votaban conservador en 1974 hayan tendido en 1998 a respaldar a Pastrana, sugiere que este candidato fue percibido como un auténtico representante de la tradición conservadora. Más en el fondo, sugiere que los sentimientos partidistas actuaron en 1998 casi tan vigorosamente como lo habían hecho 24 años atrás.

Los análisis de correlación nos dicen, pues, que las fuerzas tradicionales han sufrido una significativa dispersión de su capital electoral en elecciones de Senado; pero que, sin embargo, en las presidenciales se mantienen, algo debilitadas es cierto, pero con no despreciable resistencia.

4. Conclusiones e hipótesis por investigar

El ejercicio realizado en las páginas precedentes sugiere el advenimiento de un significativo deterioro en la votación partidista tradicional, que puede interpretarse como un franco retroceso en la capacidad de las organizaciones partidistas para atraer nuevos electores, pero que, simultáneamente, este se encuentra acompañado por una cierta resistencia en los sentimientos partidistas.

Esta interpretación parte de la necesidad de distinguir dos fenómenos políticos distintos que, con frecuencia, se confunden. Una cosa es el partido político y otra, la auto-identificación de los ciudadanos con una etiqueta partidista. El partido político es ante todo una organización que, en una contienda electoral y bajo una etiqueta partidista, busca alcanzar la victoria para su candidato. Así como los miembros de una organización cultural son quienes participan o contribuyen a las actividades de ella; y los miembros de una ONG, quienes trabajan o aportan para el éxito de sus labores; así, los miembros de un partido son, estrictamente hablando, quienes en una forma u otra se esfuerzan para lograr la victoria deseada.⁸

Al margen de la organización partidista existen personas que, para auto-identificarse, usan la misma etiqueta de un partido, pero a quienes puede importarles poco, o nada, la suerte de los candidatos escogidos por la organización aludida. Es bien sabido, por otro lado, que los sentimientos de auto-identificación partidista, cuando yacen profundamente arraigados como sucede en el caso colombiano – al igual que en Estados Unidos, Gran Bretaña, Costa Rica o Uruguay – constituyen un poderoso resorte para motivar y orientar el voto ciudadano, particularmente en elecciones presidenciales.⁹

A la luz de esta distinción el fenómeno de deterioro atrás descrito puede interpretarse así: en el caso conservador, la organización partidista parece a punto

de colapsar. Si miramos su actuación en elecciones presidenciales, fue superada ampliamente por la organización partidista de un disidente suyo en la lucha por la presidencia de 1990; en 1994 y 1998, marchó detrás de una organización ajena, la organización creada por Andrés Pastrana, un conservador disidente, para su campaña; y en 2002, se fue detrás de un liberal disidente.

En cambio, el sentimiento conservador en 1990 repartió sus preferencias entre dos líderes respetados; puso abundantes votos a favor de Pastrana en las dos contiendas electorales en que éste se presentó. Finalmente, en 2002, ese mismo sentimiento parece haber detectado en Álvaro Uribe una particular afinidad o cercanía, puesto que serios indicios, no analizados aquí, hacen pensar que el voto conservador masivamente apoyó a Uribe.

En cuanto a los liberales, su organización partidista ha sido más resistente: en cada elección presidencial ha presentado un candidato oficial, siempre con probabilidad razonable de triunfo. Pero la organización liberal – léase, el Partido Liberal – no logró impedir ni la disidencia de Uribe ni la deserción, quizás temporal, de una parte significativa de sus líderes y de sus bases, en pos del mismo Uribe.

En elecciones para Senado y Cámara, esa misma organización partidista – igual que la conservadora – se ha mostrado impotente para mantener dentro de sus filas a un grupo considerable de sus dirigentes – cerca de una tercera parte de los mismos –, quienes han preferido constituir, cada uno por su cuenta, un partido propio y luchar por el cargo deseado desde su propia organización. El resultado final es que el porcentaje de curules alcanzado por las listas oficiales de los partidos liberal y conservador, se ha contraído sustancialmente en los comicios de 2002.

Pero el sentimiento liberal de muchos ciudadanos les ha llevado a respaldar en forma constante, aun cuando con altibajos, a diversos candidatos a la presidencia, portadores de la etiqueta liberal.

En la medida en que las encuestas, que miden la auto-identificación partidista, muestran vivos los sentimientos liberal y conservador en cerca de un 43% del electorado – tal como se documentó –, cabe conjeturar que esos sentimientos continuarán guiando por varios años las decisiones de muchos ciudadanos en, al menos, las elecciones presidenciales. Tanto más cuanto que muy pocos ciudadanos revelan tener sentimientos partidistas a favor de etiquetas partidistas distintas de las tradicionales.

Pero en cuanto revelan la existencia de una mayoría ciudadana, compuesta ante todo por personas menores de 30 años, que se distancian de toda auto-identificación partidista, esas mismas encuestas plantean serios interrogantes hacia el futuro: en el largo plazo, siete, diez o más años, ¿se profundizará el deterioro de las organizaciones partidistas liberal y conservadora? ¿Continuará vigente la

enorme apatía electoral que ha caracterizado al país? ¿Predominará en Colombia el voto pragmático, en función de personas? La sociedad va hacia una época posmoderna, en donde estos interrogantes bien pueden encontrar una respuesta afirmativa.

Rodrigo Losada

Profesor en la Pontificia Universidad Javeriana, Colombia
rlosada@javeriana.edu.co

Notas

★ Este artículo presenta, en negro y blanco, los mapas, en colores, contenidos en el CDROM Mapas Electorales de América Latina.

1. Este trabajo no hubiera sido posible sin el apoyo competente y desinteresado de Adriana Castro, Freddy Barrero y un grupo de diez estudiantes de la Carrera de Ciencia Política de la Pontificia Universidad Javeriana y de la Universidad Nacional de Colombia.

2. Para los años 1991 y 2002 se tienen en cuenta únicamente los votos por las listas del Partido Liberal Colombiano y del Partido Conservador Colombiano, sobre el total de votos válidos.

3. Una primera versión de este artículo se presentó en el “ Coloquio Internacional sobre los Procesos Electorales en los Países Andinos y en América Latina”, organizado por el Institut des Hautes Etudes d’Amérique Latine (Francia) y la Pontificia Universidad Javeriana (Colombia), en Bogotá, abril 25-26, 2002.

4. Promedio de tres encuestas sucesivas, sobre muestras nacionales, entre septiembre de 2001 y febrero de 2002. Ver “La Gran Encuesta - Medición 3 - Febrero de 2002: Informe de resultados” (Bogotá: Napoleón Franco & Cía.), p. 27.

5. Apenas un 1% respondió que simpatizaba con “otros partidos”, hecho digno de mayor estudio, porque sugiere un distanciamiento ciudadano no sólo frente a los partidos tradicionales, sino frente a todo tipo de partido político.

6. No se analiza la votación de 2002 porque los datos pertinentes a nivel municipal no se encuentran todavía disponibles.

7. La estabilidad del voto partidista entre 1930 y 1998 ha sido bien documentada por Pinzón (1989 y 1999).

8. Recientemente se han publicado tres análisis de los partidos liberal y conservador, con énfasis en su organización interna: Roll (2001) estudia uno y otro; Gutiérrez (2002) examina el partido liberal; y Pachón (2002) el partido conservador.

9. Baste recordar la obra clásica de Campbell et al. (1960).

Referencias bibliográficas

- CAMPBELL, Angus et al. *The American voter*. New York: John Wiley & Sons, 1960.
- DUVERGER, Maurice. *Les partis politiques*. 5a. ed. París: A. Colin, 1964.
- GUTIÉRREZ SANIN, Francisco. “Historias de democratización anómala: El partido liberal en el sistema político colombiano desde el Frente Nacional hasta hoy”. In: F. Gutiérrez (comp.), *Degradación o cambio: Evolución del sistema político colombiano*. Bogotá: Edit. Norma y IEPRI, 2002, pp. 25-78.
- PACHON, Mónica. “Partido conservador y sus dinámicas políticas”. In: F. Gutiérrez (comp.), *Degradación o cambio: Evolución del sistema político colombiano*. Bogotá: Edit. Norma y IEPRI, 2002, pp. 79-130.
- PINZON DE LEWIN, Patricia. *Pueblos, regiones y partidos*. Bogotá: Fondo CEREC, 1989.
- PINZON DE LEWIN, Patricia. “El comportamiento partidista de los municipios colombianos”. Bogotá: Informe de investigación para Colciencias y el BID, Fundación Presencia, 1999.
- ROLL, David. “Colombia”. In: M. Alcántara Sáez y F. Freidenberg (eds.), *Partidos políticos de América Latina – vol.II: Países andinos*. Salamanca, España: Universidad de Salamanca, pp. 147-231.

Resumen

Con ayuda de la cartografía electoral y de la estadística, se analiza cómo ha evolucionado la votación a favor de candidatos liberales y conservadores en Colombia, en las siete elecciones presidenciales de 1974 a 1998. Se concluye que las organizaciones partidistas liberal y conservadora muestran claros indicios de deterioro. Pero a la vez se documenta la firmeza de los sentimientos partidistas de muchas regiones del país, los cuales aseguran la supervivencia de las fuerzas políticas tradicionales, en medio de una extrema fragmentación de otras fuerzas políticas.

Palabras claves

Colombia, partidos políticos, sentimientos partidistas, cartografía electoral.

Resumo

Com a ajuda da cartografia eleitoral e da estatística, analisa-se a evolução da votação em favor de candidatos liberais e conservadores na Colômbia, nas sete eleições presidenciais de 1974 a 1998. Conclui-se que as organizações partidárias liberal e conservadora mostram claros indícios de deterioração. Mas, as vezes se comprova a firmeza dos sentimentos partidários em muitas regiões do país, os quais garantem a sobrevivência das forças políticas tradicionais, através de uma acentuada fragmentação de outras forças políticas.

Palavras-chave

Colômbia, partidos políticos, sentimentos partidários, cartografia eleitoral.

Figura 1

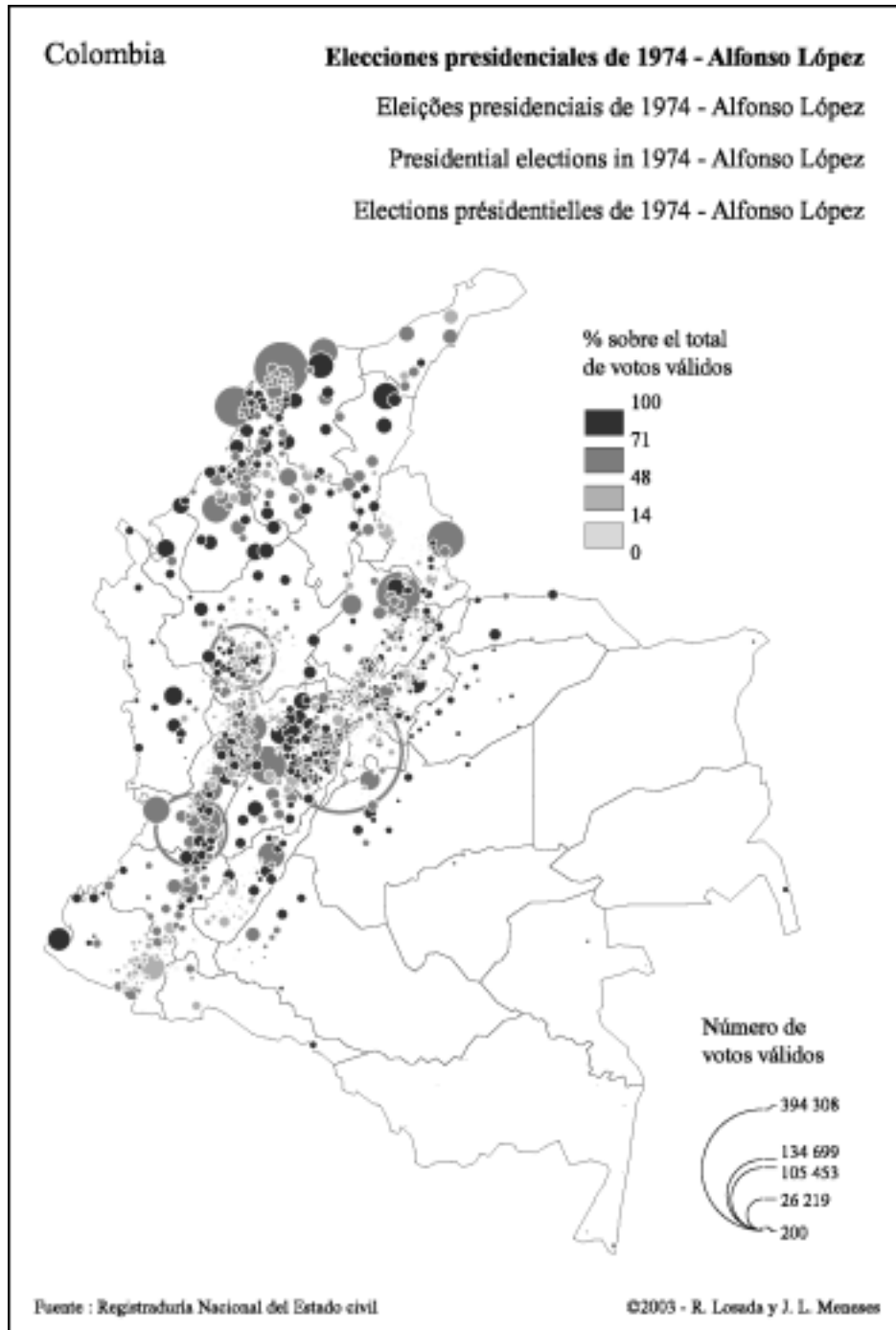


Figura 2

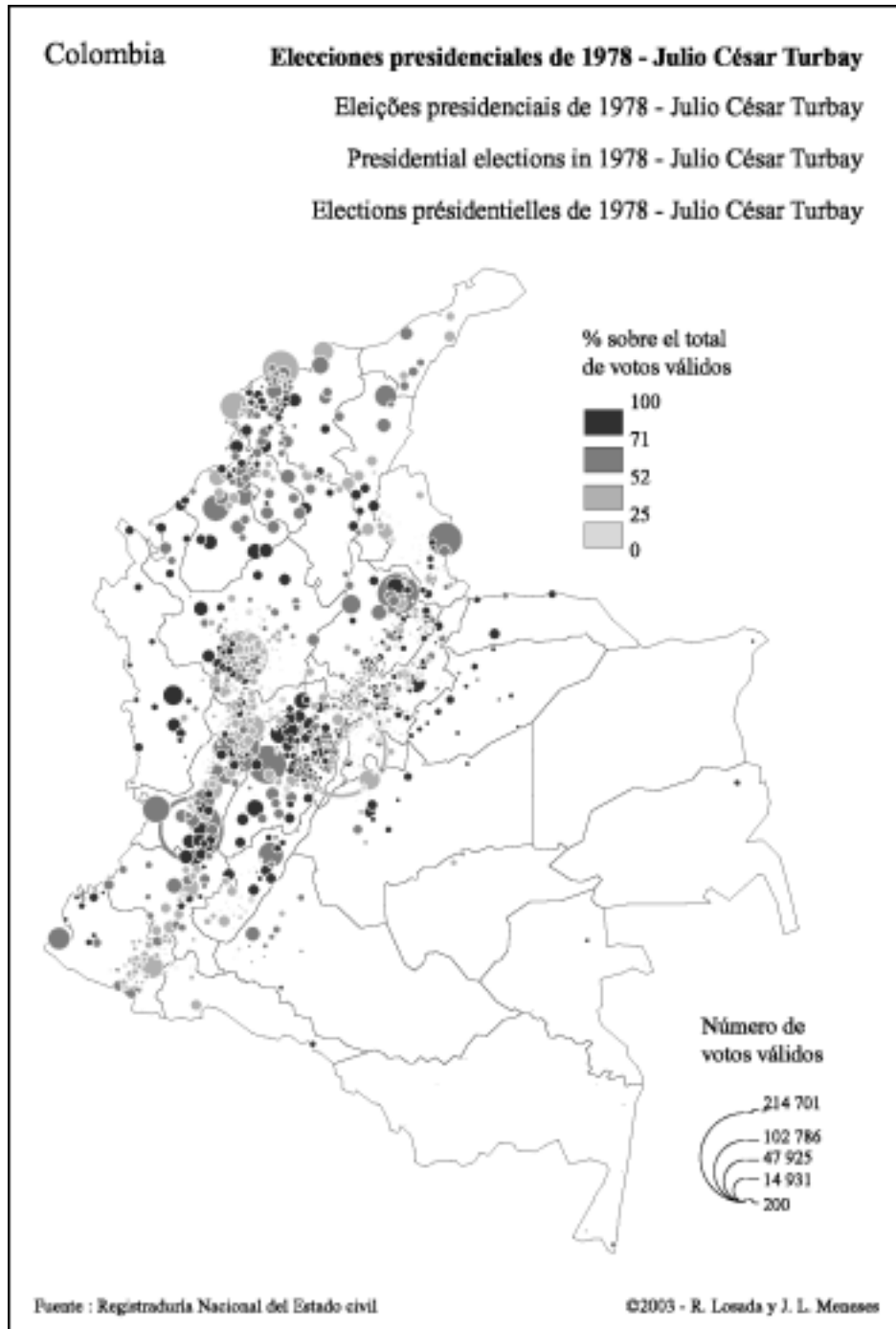


Figura 3

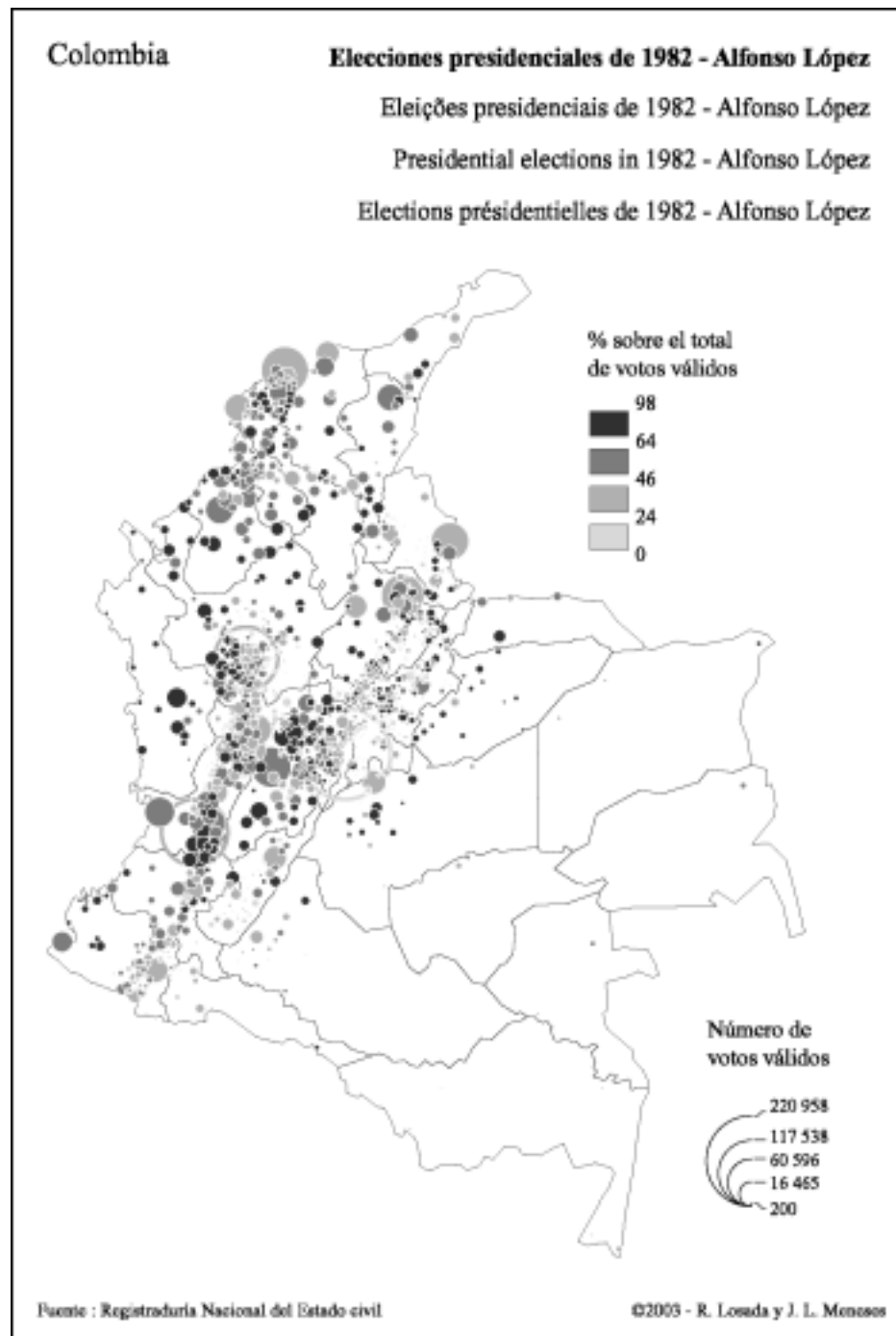


Figura 4

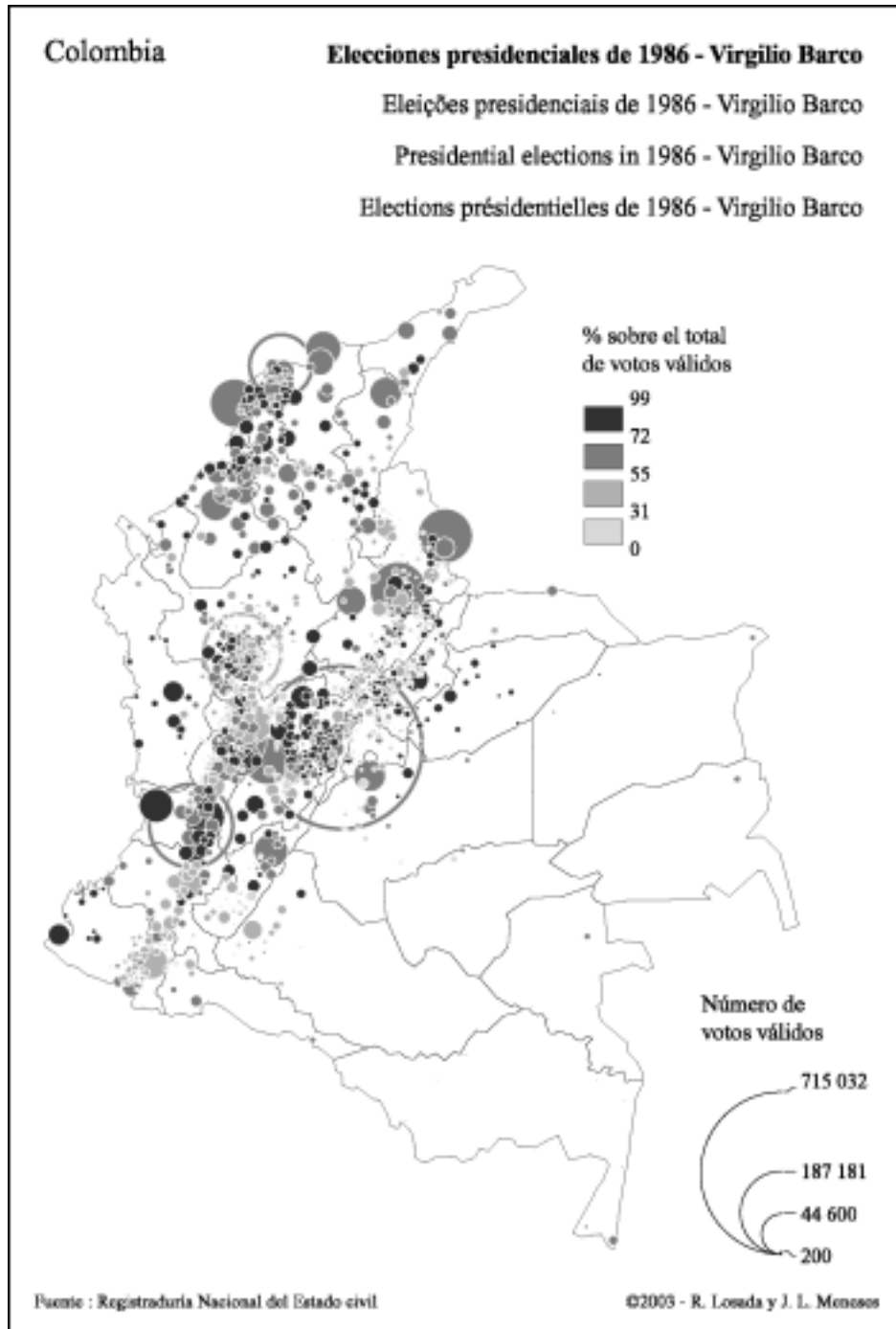


Figura 5

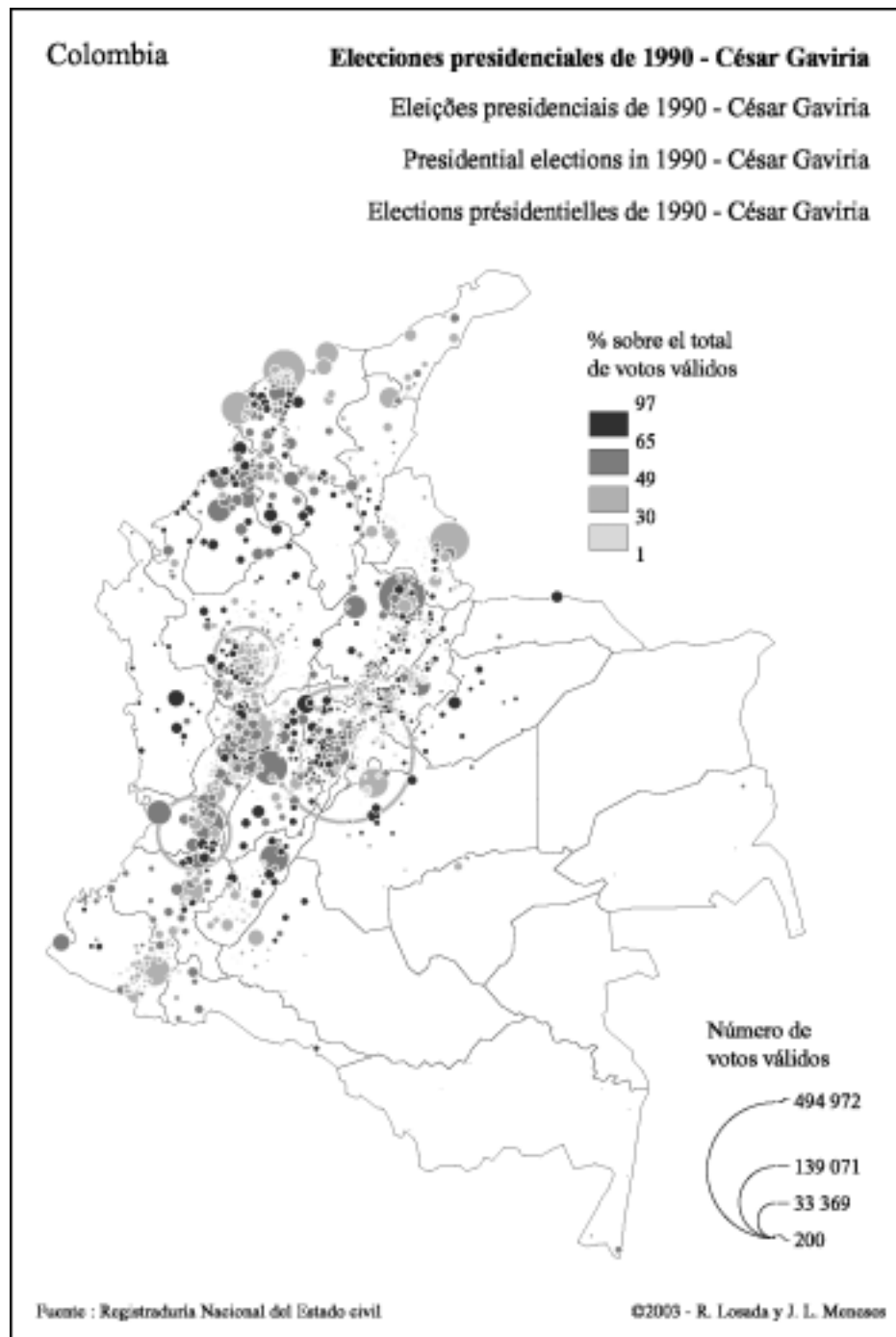


Figura 6

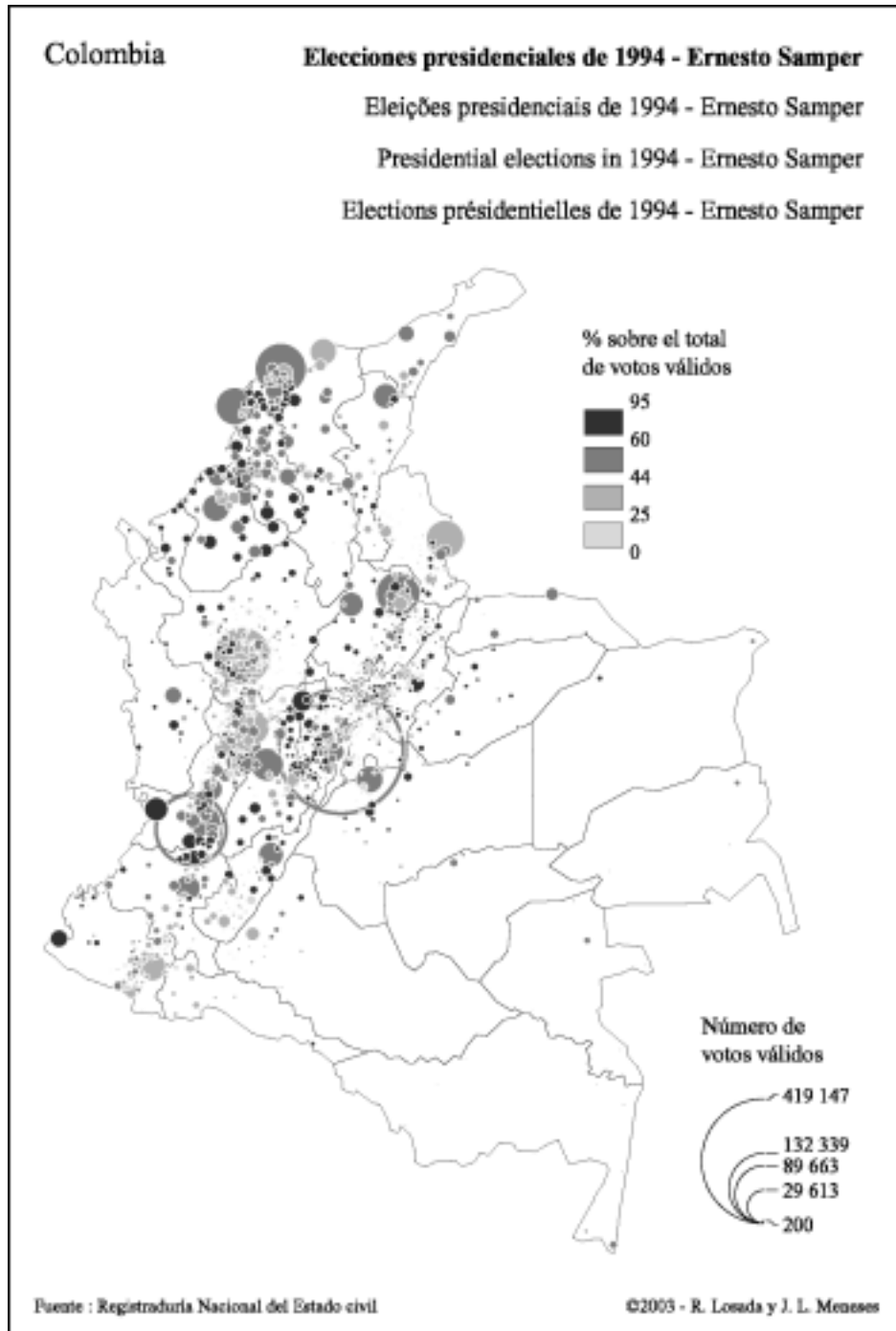


Figura 7

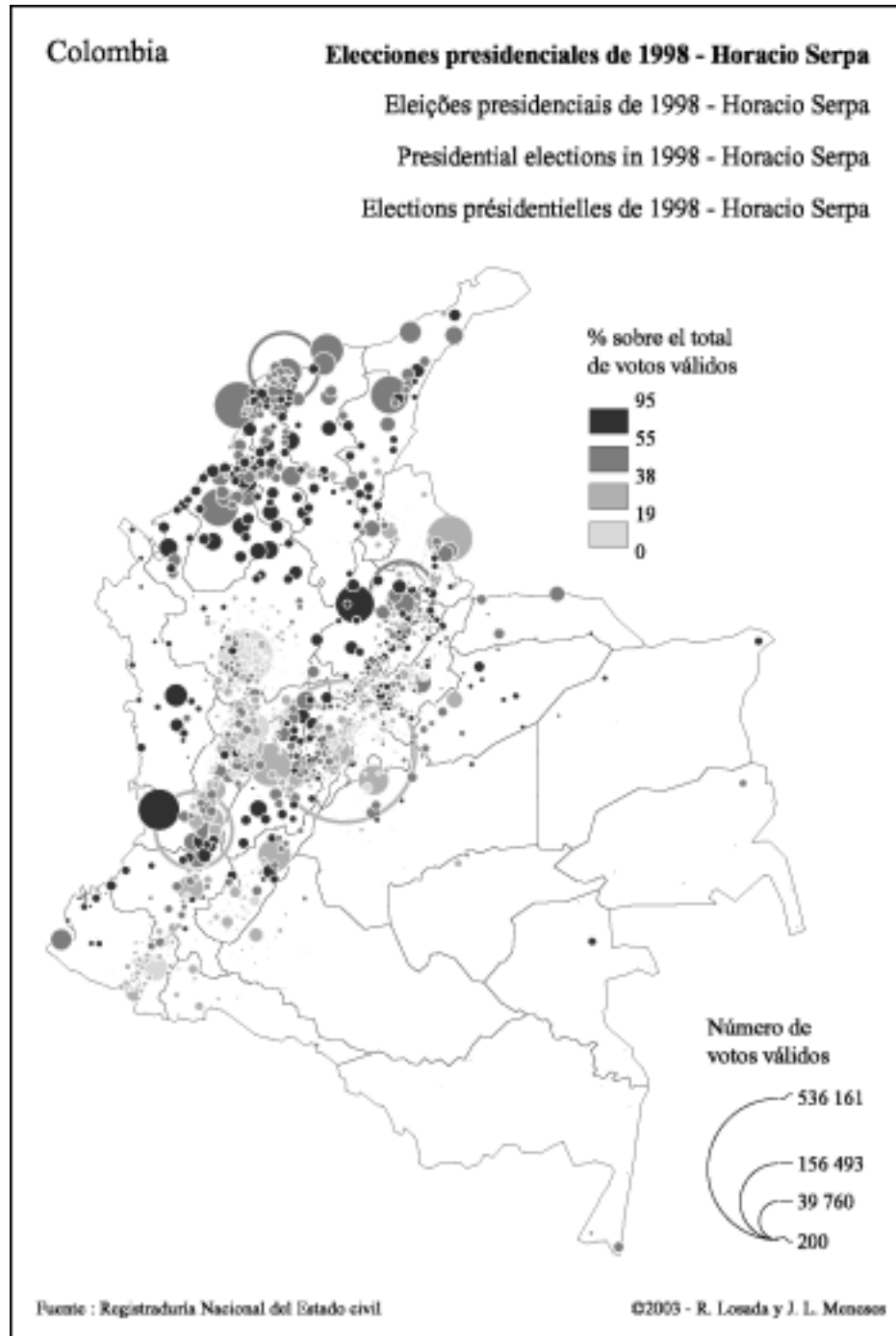


Figura 8

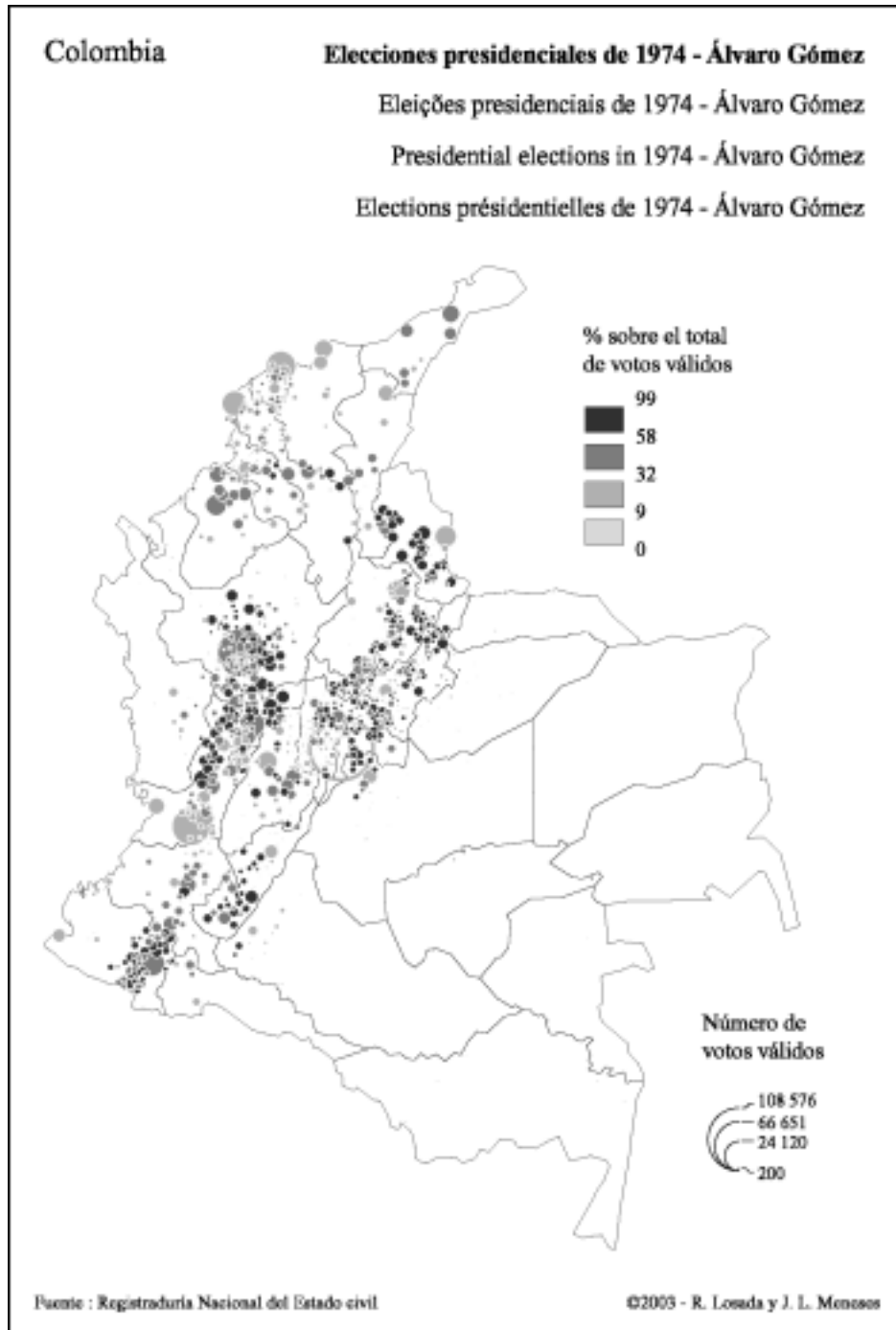


Figura 9

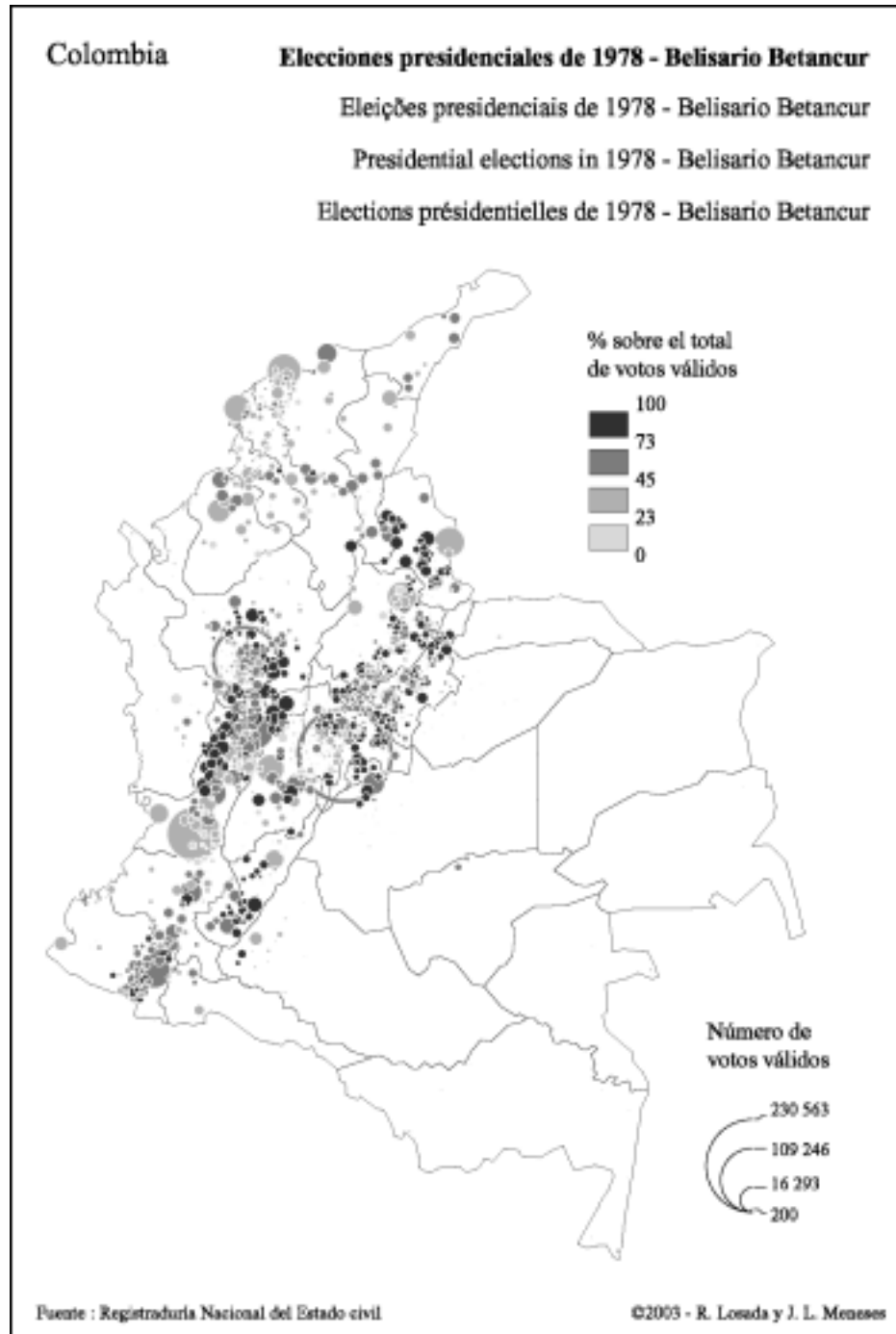


Figura 10

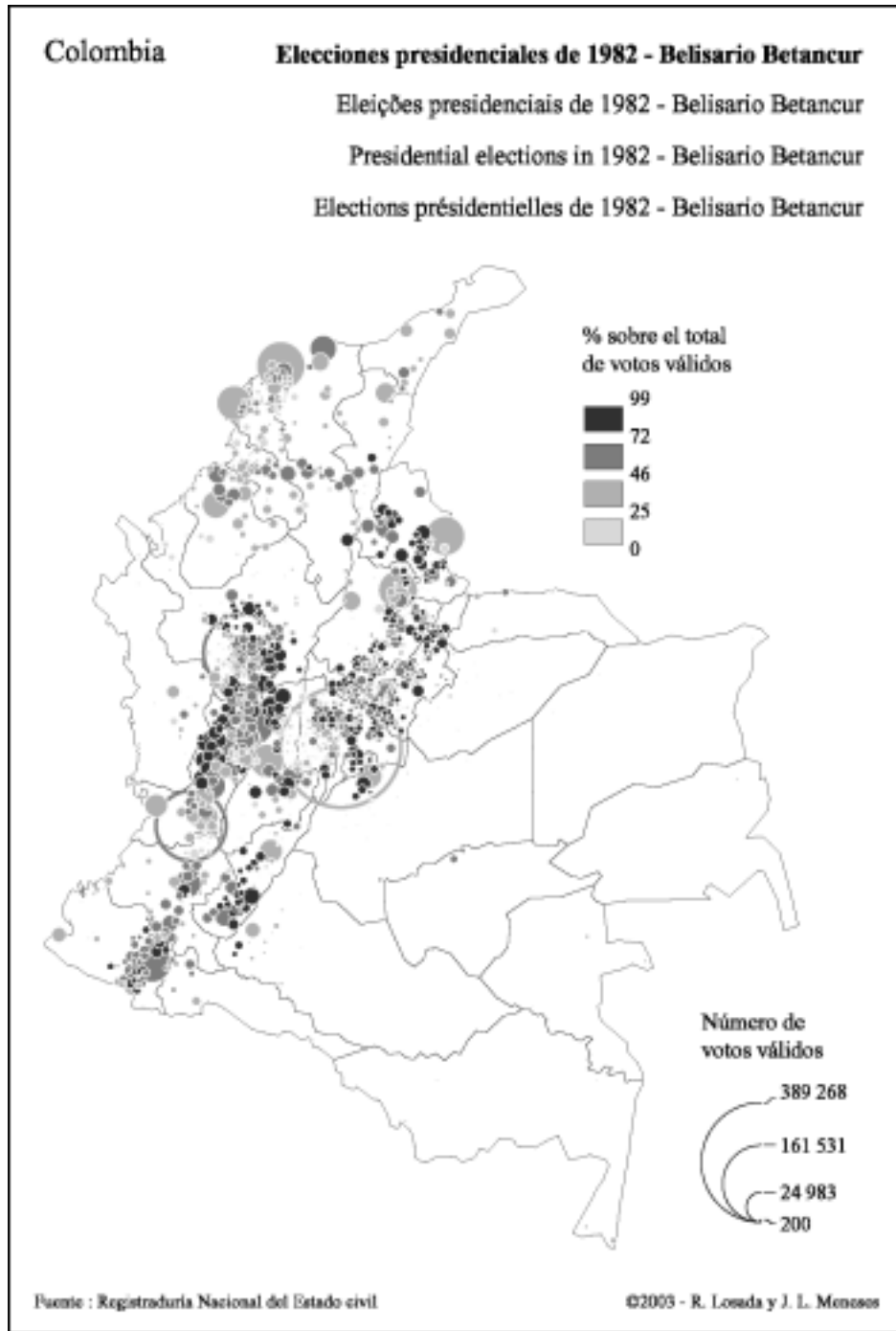


Figura 11

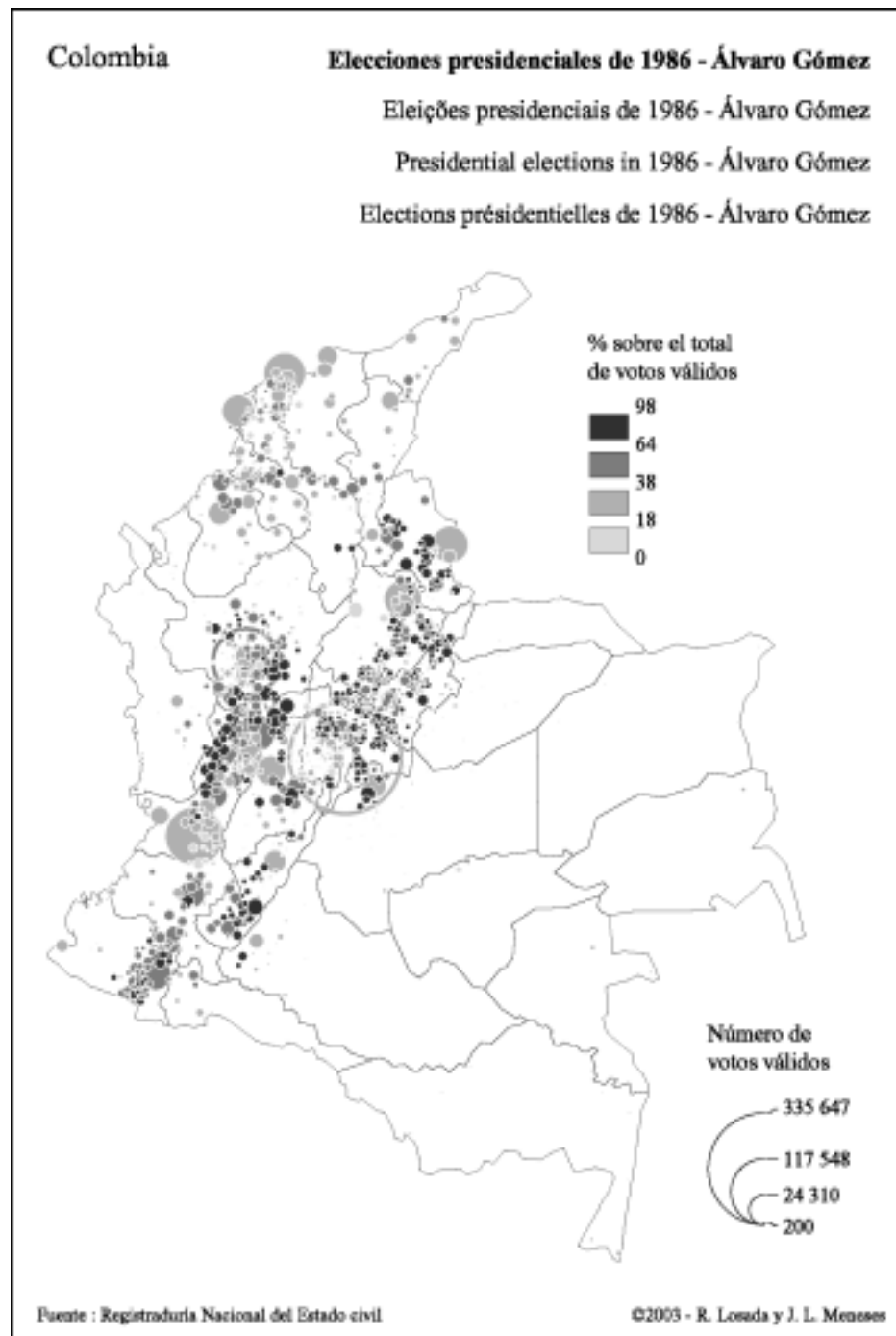


Figura 12

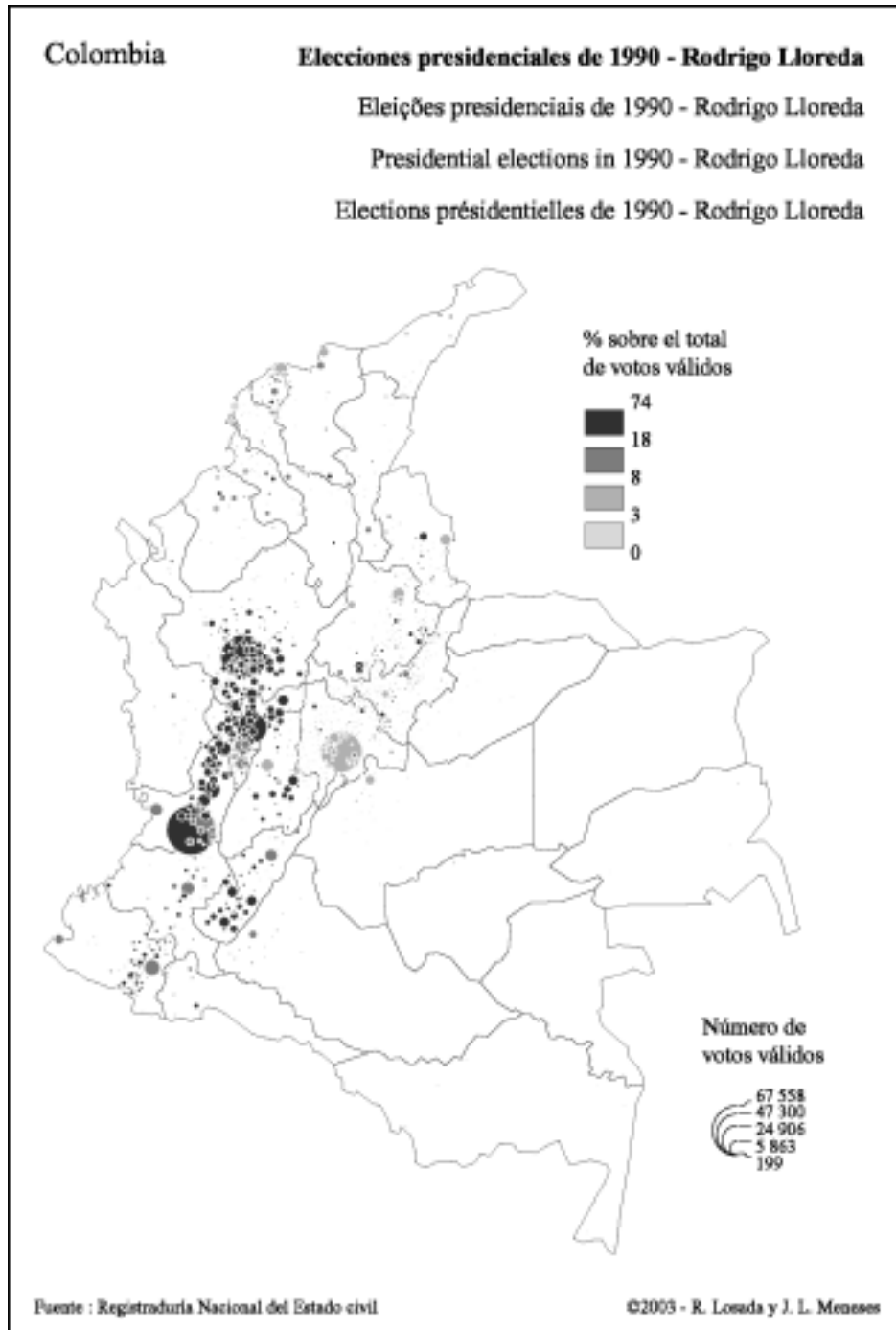


Figura 13

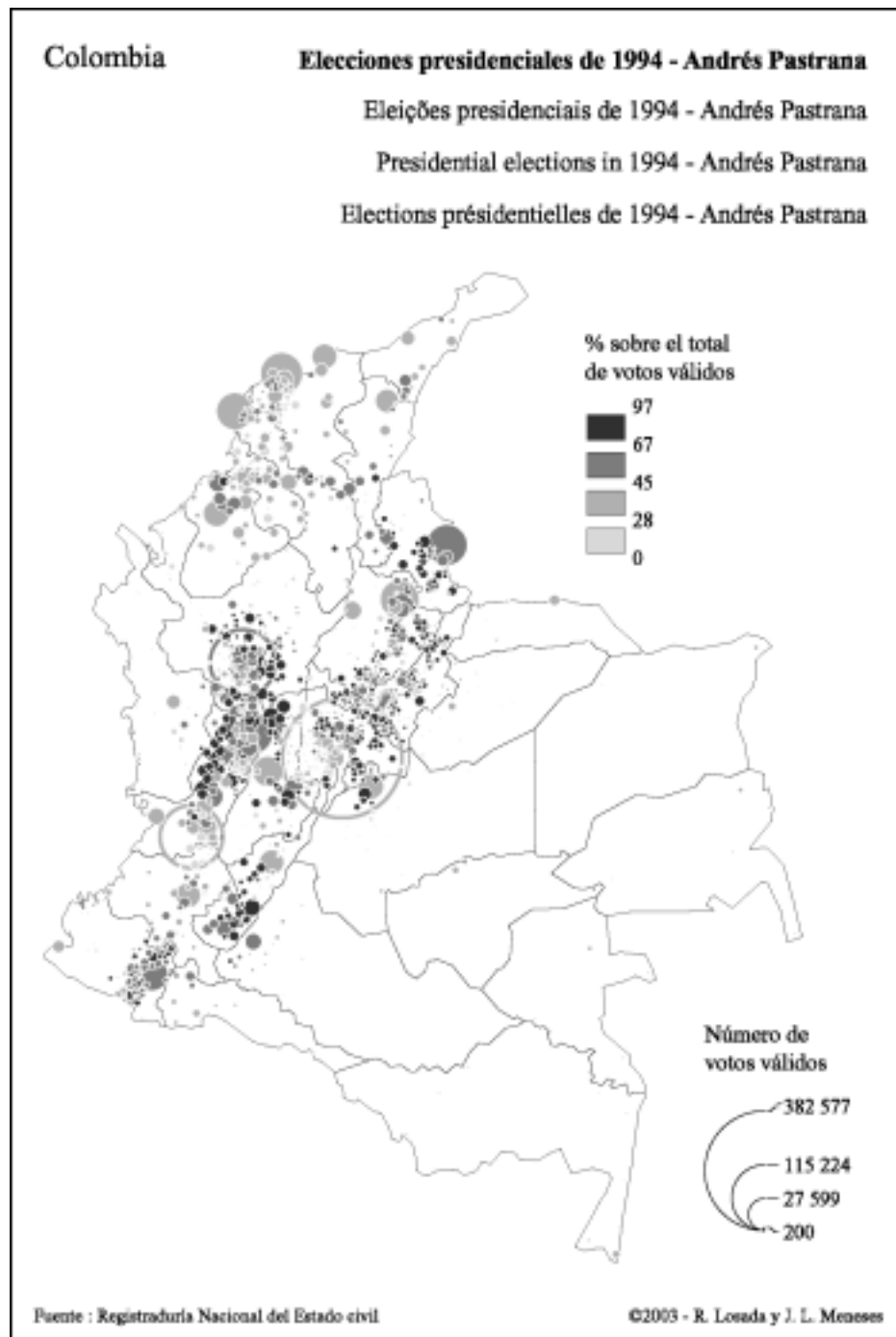


Figura 14

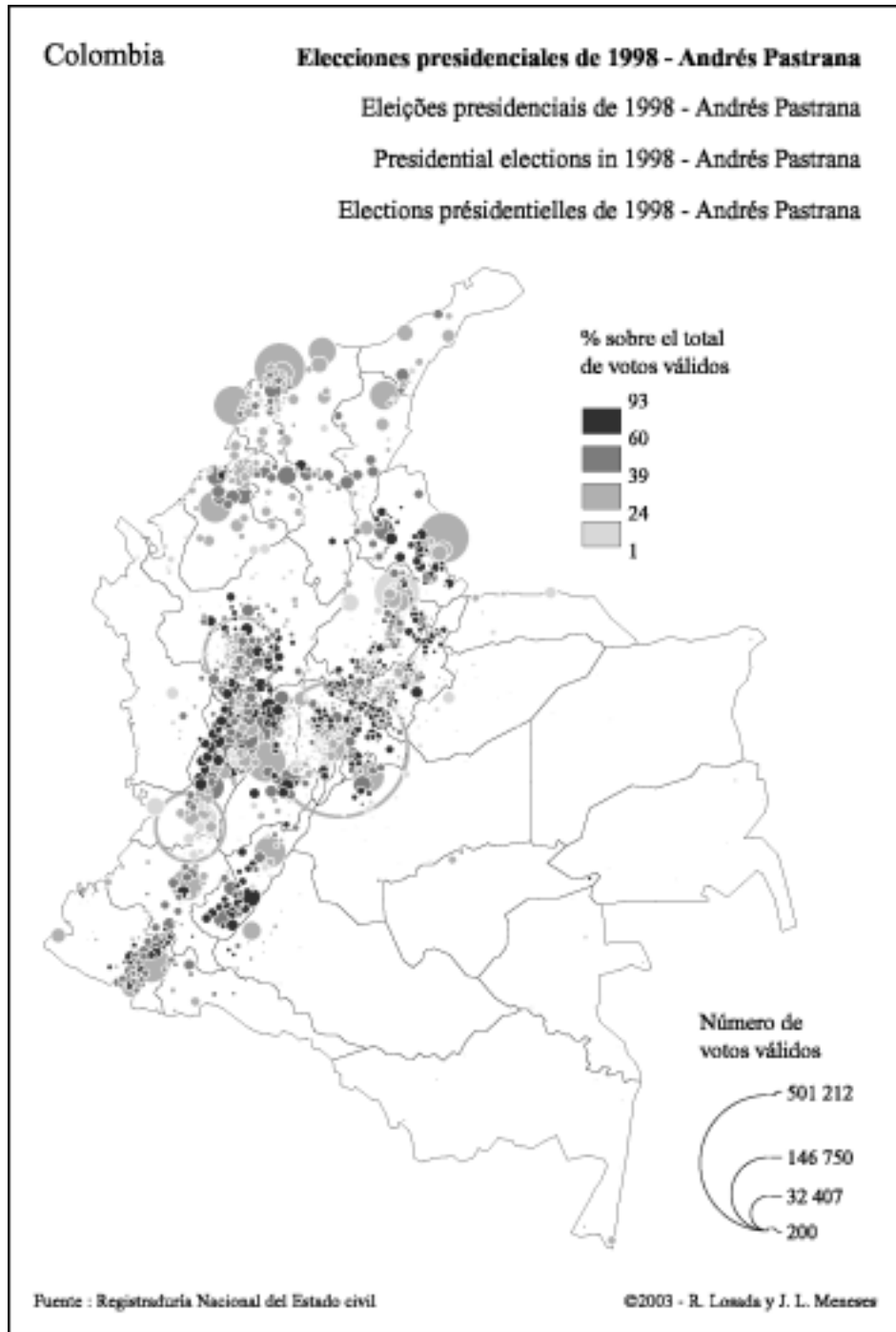


Figura 15

